

quizá, de la exportación de México, representa metales preciosos.

En esto es México superior a Cuba: en analfabetismo. México cuenta ochenta y cinco por ciento y Cuba... treinta y dos. Este dato completa, explica los otros. Pero mientras el negro "raza inferior" consume tasajo y aun bebe vino y usa bombín y lleva zapato (el jornal medio en este país uniprodutor es de un peso oro) el Indio de México come tortilla y frijol, bebe pozole... o aguardiente y ya se sabe como viste.

Los jarochos no ignoran esto. He oído cantar esta copla de Barlovento y nótese sin embargo, que el Estado de Veracruz es uno de los en que por estar ahí la instrucción más difundida, los indios ganan mejores salarios:

El negro de Cuba es libre
Y vive de su jornal,
Sólo el Indio mexicano
Come poco y vive mal,
Vive en un pobre jacal.
Lo pagan con aguardiente
Pa que la raza se acabe.
Lo sabe toda la gente, mi vida,
Toda la gente lo sabe.

Y esta otra:

La guerra se acabará
Cuando acaben los traidores.
Nuestros hijos tendrán pan
Y vendrán tiempos mejores.

¿Es por esto el Indio inferior al negro? Yo he reafirmado en Cuba mi teoría de que el Indio, como el negro no podrá nunca ser elevado al nivel de los demás hombres sino por sus propios hermanos civilizados. Nadie ignora el común origen de nuestros autóctonos con los pieles rojas del Norte. Un apache, un yaqui, se parece tanto a un piel roja como un francés de Reims a un

alemán de Mecklemburgo. Pues bien, así como nuestros indios montañeses del Yaqui, de Zacapoxtla o de Alica jamás han sido sometidos, tampoco los indios americanos pudieron nunca ser condenados a la esclavitud en cuyos tiempos, los indios, como cualquier yanqui, tuvieron sus esclavos negros y aún se consideraban superiores al blanco, si no por su cultura, asaz rudimentaria también en éstos, por el carácter, el valor y la honestidad de sus costumbres. (1).

Por mi parte, no me cansaré de decir que en cada lugar, de México cada vez que he encontrado un "tipo" de hombre interesante, ha sido siempre un indio que ha aprendido un oficio manual, un comercio, una profesión, y lo más notable, por su rara generalidad, es que casi todos los indios logrados, son perfectos abstinentes. He visto en ciertas comarcas, poblaciones enteras que gracias a la actividad de algun raro benefactor, habiendo alcanzado un rango más elevado que el de sus hermanos, viven mejor, se lavan con más frecuencia, habitan en casas mejor construidas, comen pan y carne, cosen en máquina "Singer", cultivan o se procuran legumbres desconocidas de sus vecinos, usan lámparas de petróleo (en las cercanías de Zamora hay luz eléctrica en los jacales) espejos, paraguas y aun artículos de perfumería,

(1) Un periódico cubano recuerda esta curiosa aventura del General Escobedo:

"Por cierto que es poco conocida una anécdota auténtica de un cacique indio por aquellos días. En México, como en Guatemala y en Chile, hay indios puros que no se han rendido jamás; sus caballos son águilas y sus ojos son flechas: caen como una avalancha, lancean el aire y desaparecen; a lo lejos se ven por entre la polvareda, el dorso del jinete, echado sobre el potro, y la línea del monte.

El general Escobedo, el mismo que luego había de prender a Maximiliano en Querétaro, y mandarlo a fusilar más tarde, andaba en apuros por la frontera, y fué a tratar con un cacique libre y pedirle su ayuda contra el emperador austriaco. "¿Y por qué, cacique de dos colores?" —le respondió el indio— "me pides que te ayude en una guerra que no es contra mí? Tus blancos trajeron a ese rubio barbón: peleenla los blancos. Tú te sometiste; echa a tu amo tú mismo: yo no me sometí, y no tango amo".

Y esa es, en verdad, el alma de México".

vasos, platos, trinchas de metal, camas de hierro, armarios... He conocido familias que *desde algunos meses solamente* comían sobre una mesa y se sentaban en sillas. A tal punto la fuerza eterna del progreso, aun en países cuyos gobiernos jamás se ocupan de la educación del pueblo, es invasora, incontenible. Los nombres de aquellos raros benefactores, a veces curas, casi siempre— ay! triste es decirlo— extranjeros, son tan desconocidos, tan oscuros, cuan brillantes son los publicistas y políticos que jamás, al cimiento de la verdadera patria, han traído una sola piedra. No, las piedras son para tirárselas a la cabeza a aquellos que se atreven a tratar estas cuestiones. Por eso creo, con Booker T. Washington, que *la distinción de un hombre debe juzgarse por su manera de tratar y de relacionarse con los hombres de una raza menos favorecida y que cuanto más infortunada y abyecta es aquella, más se engrandece el que le presta su apoyo.*

He dicho que la existencia de Moheno ha sido preciosa para los intereses de la Revolución. La manía verbosa de este zambo renegado, unida a su procacidad de leguleyo, si su permanencia en el poder se prolongase, acabaría por obligar al viejo Carranza y los criollos vascos que le rodean (Carranza —valle de Carranza, en Bilbao, minerales de zinc y plomo— Maytorena, Zubáran son nombres tan vascos como Bolívar e Iturbide; los Villa, los Obregón, abundan en Viscaya, y Azcona es vasco-navarro) a formular la situación. "El elemento indio es un constante obstáculo al progreso." ¡Qué procacidad! ¿Acaso ha habido un solo caudillo indio en las últimas revoluciones? Sí: Huerta. ¿Un leader? Sí: Moheno. ¿Y quién los está defendiendo? Todos los federales son indios, como criollo Madero, criollo Mondragón, criollo Reyes, criollo Carranza; criollos o mestizos, Félix, Molina Enríquez, Orozco, Zapata, Vázquez Gómez, Caraveo, Villa, Pani, Campa, Obregón, los tres Villarreal, Cabrera, los veinte González, Urueta, Breceda,

Cheché, Natera, Moya, Azcona, Colorado, Carrera Torres, el doctor Silva, Aquiles Serdán, Pino Suárez, Ocón, Angeles, Espinosa de los Monteros, Vasconcelos, Braniff, Gavira, Camerino, Greene, Lozano... Buscad un solo indio en esta ensalada. Huerta, Moheno, Cándido Aguilar, Ché Gómez, accidentes. Los indios han venido a tomar parte en la contienda porque son la masa y la eterna carne de cañón. Tan desorientado, tan inconsciente es Moheno como el más ignorante de sus hermanos chamulas. Los indios van con Carranza porque Carranza les ofrece justicia, y van con Huerta porque Huerta los ha forzado a filas con los revólvers de sus sicarios; pero decir que el pobre Indio "inerte" ha hecho una sola de las revoluciones, es probar mendacidad o espesa ignorancia. Que unos y otros, los unos con la esperanza de redimir a la raza, los otros para mantener, infelices! su servidumbre, están derramando su sangre, es inconcuso; pero, ¿quién los agita? ¿quién los empuja? Esto me hace pensar en una algarda que leí no sé donde. Un hombre ordena a la mar furiosa: "Detén tu ola!" Y la mar contesta: "Yo no quisiera otra cosa, pero es el viento el que me agita". ¡Pobre Juan condenado a fusilar hermanos por la gloria de Moheno y Huerta! ¡Pobres indios "inertes" arrancados de sus hogares por la brutal violencia de un tirano de su propia sangre! ¡Detener su ola! Ellos no quisieran otra cosa, pero el viento es el revólver del oficial o la palabra del apóstol libertario.

¿Qué mexicano no ha sido testigo de uno de esos infucos casos de alistamiento forzoso que hacen tembar de horror a los corazones más duros? ¡La leva! Un amigo me escribe de Alvarado, de ese pueblo alegre y rumbo que ni la tiranía de Díaz pudo ensombrecer. Un pequeño grupo de obreros sale de la fábrica, satisfecho de haber ganado su día, contento de regresar al hogar tranquilo. Un cordón de gendarmes los coge en cinta,

al voltear la esquina. Siganla! —¿Porqué? ¿a dónde nos llevan? Salimos del trabajo, pregúntelo a los patrones, ahí en la fábrica; semos hombres honrados . . . —¡Siganla! y los revólvers salen de sus fundas. Entonces, el más viejo, dice a los gendarmes: Señores, nosotros semos pacíficos, tenemos familia que mantener, déjenos llegar a nuestras casas . . . —Siganla, —interrumpe el que hace de jefe, —nada de explicaciones. —“Bueno, señor, pues que usted se empeña, iremos, pero como no hay razón . . . (y uniendo el gesto a la palabra, le clavó al jefe su puñal hasta la cacha). Ahora sí, llévenme, ya soy criminal”. D’Anaunzio, Gabriel divino, tu pluma!! ¿A quién condenas, Dios? Alevosos asesinos diazmironianos, ¿qué sería de vosotros el día que la formidable masa india se uniera para hundir, como ese sublime viejo obrero veracruzano, su puñal en vuestra saciada barriga? Entonces sabríamos “que las diferencias que nos dividen sí son obra de nuestra voluntad” y pediríamos a gritos, como Moheno, el auxilio de las naciones. Cuan necesario es, según la implacable palabra del constitucionalista Roberto Pesqueira, “inyectar con nueva sangre pura, rica y regeneradora, las atrofiadas arterias de los hombres del centro, enfermos de pereza, de abyección y de vicios”. ¿La revolución india? También está predicha en el librito varias veces citado en estos apuntes: “El criollo olvida demasiado esa colosal fuerza de diez o quizá más millones de hombres enérgicos, infatigables, que viven de nada, mueren por nada, y hechos al ardor, desmoralizante para otros, de climas con frecuencia mortíferos para los blancos, están listos para encender al país, al primer grito de un vindicador verdaderamente fuerte y audaz, en el fuego de una revolución formidable. Una vez dada la señal de la rebelión, la insurrección india, bien india esta vez, se desarrollaría instantáneamente hasta generalizarse de Chihuahua a Chiapas. La rebelión se propagaría con la rapidez del viento por los inmensos territorios bordados de bosques inextrica-

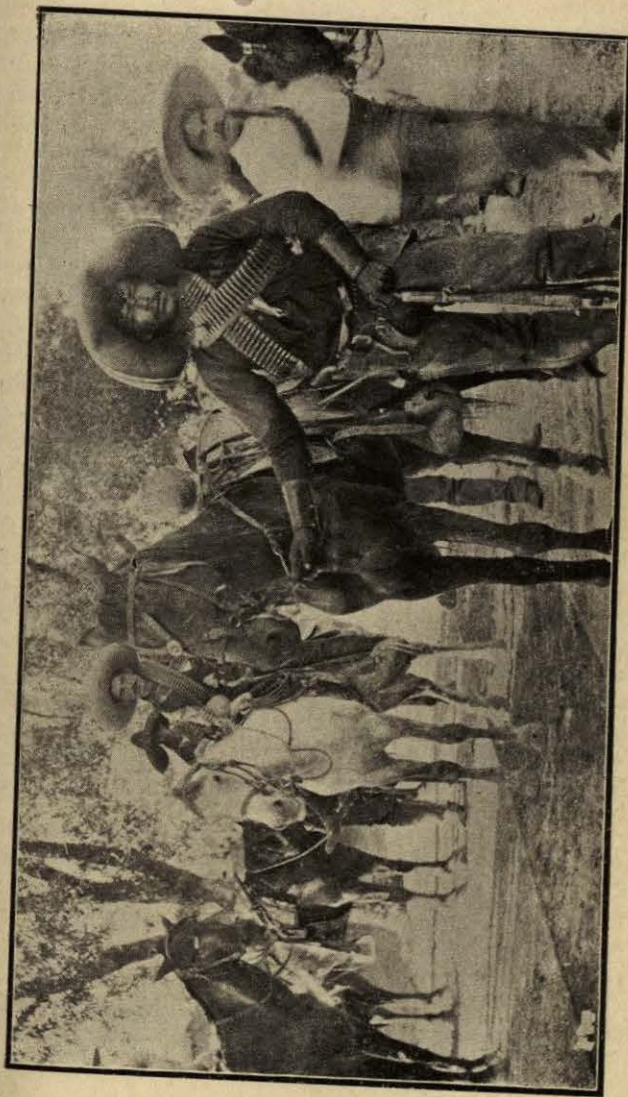
bles y de montañas inaccesibles, etc., etc. (—Piedad para el Indio! 1913).

Hago más esas proféticas palabras. Abrigo la convicción honda de que si los “hombres del Norte” (rara coincidencia: fueron los “hombres del Norte” los que abolieron la esclavitud en los Estados Unidos) si los hombres del Norte no afrontan virilmente los problemas indios, si los “hombres del Norte”, los criollos y mestizos de Chihuahua, de Sonora, de Coahuila, opinan como sus vecinos del meridión americano, que “no hay mejor indio que el indio muerto”, la revolución india, con caudillo indio, con grito indio (¡cuidado! ¡vivan los indios! Este viva suena a muerte) o la intervención americana, son inevitables. Si México no regenera a sus indios, perecerá como nación. Y si los regenera, México será, en dos generaciones, el Japón de América. En nombre del sentido moral de los humildes, ultrajado por la perversidad de los poderosos, Pesqueira lanza a su pueblo después de la traición de Huerta, estas viriles palabras: “¡Pueblo mexicano, reivíndicate o perece! “Reivindicado ese pueblo, los abolicionistas del Norte deben gritar a los esclavistas del Sur: “¡ayúdadnos a regenerar a nuestros indios o perzcamos todos!” Y si nó, que venga el yanqui a regenerar o a exterminar. Recordemos las palabras de Washington: “Prefiero ver la tierra cubierta de cadáveres que poblada de esclavos”.

Que se me permita alardear de “viajado” no por vana jactancia, sino para dar mayor autoridad a mi testimonio: Mi piedad por la postergada raza india de México me ha conducido, por natural consecuencia, a la observación de otras razas, pues *no se puede juzgar sin comparar*. Conozco, relativamente, la mentalidad de los franceses, de los alemanes, de los yanquis, de los españoles, de los cubanos, de los negros y sobre todo, de los judíos, que son, estos últimos, en mi sentir y en el sentir de todos los hombres experimentados de todas las razas y de

todas las religiones con quienes conviven, los verdaderos representantes del mal en este planeta, los verdaderos antagonicos de todas las demás razas que lo pueblan. He vivido también con el Indio de México y lo mismo me ha interesado el alcohólico de la mesa central que el absteminante de Tehuantepec o sobre todo, de ciertas comarcas del Sur y del Oriente. Pues bien, asiento esta conclusión absoluta: ninguna de esas razas es tan casta como la raza india. ¿Qué es lo que hace insoportable al yanqui del Sur la compañía del negro? Lo que él llama su lascivia, pues si bien ejecuta los mismos actos, no con negras como los gallegos de Cuba, cuya predilección es conocida, sino con blancas, cada vez que el ardor del clima despierta en su naturaleza idénticas ideas, si bien cede a los mismos instintos que en el negro tacha de salvajes, su color puede explicar hasta cierto punto esa invencible repulsión. Pero ¿quién ha conocido en nuestros campos un caso de violencia en mujer blanca cometido por indios que casi totalmente los pueblan? Cuándo han necesitado nuestros hacendados una ley Lynch para proteger a sus doncellas? Pero la verdadera razón de esa antipatía del yanqui meridional por sus antiguos esclavos, no es otra que su orgullo y su marcada intransigencia, pues bien sabido es que el yanqui no acepta en su sociedad, ni considera definitivamente como su igual sino a aquel que habla su idioma, practica su religión, adopta sus usos y tiene su color. Ahora bien, un negro puede adquirirlo todo, menos el color y esta intransigencia es la verdadera causa, en suma, de los inicuos linchamientos que para vergüenza de la humanidad, aun se practican en aquel país.

He dicho que el Indio es casto. La más púdica nación de cuantas conozco es México y esto se debe no precisamente a la raza española que en Andalucía, en Cuba y otros países españoles se manifiesta sensual y hasta licenciosa, sino a la influencia de sus clases populares. No



hay pueblo corrompido sin sicalipsis. Jamás he visto en México los indecentes prostíbulos de farol de Nueva Orleans, los cinematógrafos de Chicago, las desenfrenadas rumbas criollas o negras de Cuba, la licencia callejera de París, los cafés homosexuales de Berlín o las lúbricas tangadas de la Argentina. Si hay algo que manifieste las relaciones de los sexos y la manera de concebirlas, es el baile, verdadero ritmo de la vida y espejo de las costumbres. La cancanesca pirueta, el vals vertiginoso, la picaresca seguidilla, el complicado y expresivo tango, el afrodisiaco danzón, sin hablar de los bailes orientales, distan mucho de los castos bailes mexicanos. Con excepción de la danza, de origen español, los bailes mexicanos más parecen rituales que eróticos. Las tres razas mexicanas tienen sus tres bailes que revelan a maravilla su idiosincracia. La danza del criollo, lánguida y sentimental, es propicia al platónico noviazgo, preocupación que llena toda la juventud de nuestros criollos. El jarabe mestizo del charro, que ruidosa y violentamente pone en orgullosa evidencia la fuerza muscular de sus piernas de acero, en tanto que la hembra, con los brazos tendidos sobre sus muslos para recoger un solo y pequeño pliegue de su falda, mueve dulcemente sus piés sin descubrirlos y sólo para seguir el ritmo. El Indio, como el mestizo, *tampoco se une* a la compañera, baila su fandango frente a ella, sin sonreír y mirando al suelo, en tanto que al son de la marimba o la guitarra, el cantador entona la canción melancólica y plañidera... ¡Cuántas veces, en mi voluntario destierro he pensado con gravedad y enternecimiento en esta virtud maestra de mi pueblo!

Por mucho que se hable de la ponderación de las costumbres de los europeos y el ardor de los habitantes de los trópicos, conviene decir una vez por todas, que el prurito del goce y la excitabilidad se acusan más en los individuos de raza blanca que en los de raza bronceada. Puede alegarse que esa moralidad, esa gravedad interna en individuos que carecen no obstante, del concepto cristiano sobre las relaciones de los sexos, prueban el

atraso de su civilización; pero precisamente en previsión de ese argumento, he citado al negro, cuyo estado de cultura sí puede compararse al suyo, y el negro es, en Cuba por lo menos, tan depravado como un pompeyano o un napolitano o un snob londinense de nuestros días. Otro tanto puede decirse de los asiáticos que nada tienen que aprender de los europeos en este capítulo. (1)

Los historiadores españoles y mexicanos le han formado a la antigua civilización americana una espesa leyenda de barbarie. Sin embargo, después de las demostraciones de Marcel Bertrand (Bulletin de la So-

(1) Los extranjeros illetrados se escandalizan de la desnudez pectoral de nuestras indias. Ignoran que el pudor es una forma discrecional de las costumbres. El islamismo establece el pudor en la boca de sus mujeres en tanto que las parisienses lá tiñen para darle relieve y carecen de pudor en las pantorrillas.

En 1912, los municipales de la Capital quisieron, a pretexto de decencia, imponer a nuestros hambrientos huacaleros el uso obligatorio del pantalón. He aquí cómo combatió "Cráter" ese luminoso proyecto:

"Se necesita un espeso cretinismo para afirmar, como ya lo ha hecho el Ayuntamiento de la Capital, que la indumentaria de nuestros Indios es indecorosa. En los climas fríos, el vestido del Indio es insuficiente; pero se cubre con su jorongo, y además, en todo caso, de ello es él quien sufre. Si queremos evitarlo, habrá que mejorar su situación, hasta que ésta, dejando de ser tan miserable, le permita pagar pantalón, zapato y aun frac si se quiere. En los climas cálidos, el calzón es racional, propio e higiénico. Es, además, "inodoro". El calzón y el guarache de un Indio "huelan menos" que el cuello postizo de un "roto" de la Capital de México. Aparte de la reciente disposición emanada de un cuerpo edilicio electo por el pueblo, disposición que es un verdadero modelo de "monismo" (en el sentido de "mono") a ultranza, no conozco ley alguna que determine la decencia por el color o el espesor de la prenda o en llevar lo mismo que dos, tres o cuatro ropas encima al mismo tiempo; ni instituya por un decreto, sin definir lo que entienda por "decencia", la manera de vestir de los ciudadanos.

En el paseo de la Capital más frecuentado por los turistas, puede aún verse la estatua de un rey hispano cuya fiera cabalgadura pisotea un carcax indio. El espíritu inovador del H. Ayuntamiento bien podría ocuparse de refundir ese carcax para evitar a nuestro pudor patrio un espectáculo que nos deprime y que provoca la perplejidad o la sonrisa de los extranjeros. Cerca de ahí está el bronce de Cuauhtémoc. Seamos lógicos, señores concejales.

ciété géologique de France, 1887) Fernand Priem (La terre, les mers et les continents) Jacques Levet (L'Amerique et le darwinisme, 1878) y M. de Margerie (Annuaire géologique international, 1888) después, sobre todo, de la obra de Humboldt tan llena de luz y sabiduría, debiera hablarse de la vieja raza broncínea con menos desdén y más respeto. Es hoy verdad reconocida que de todos los continentes actuales, América es el más antiguo y sobre todo la América del Norte. Los aztecas, pueblo activo y laborioso, llegaron a colocarse a la cabeza de la civilización americana, construyendo canales, calzadas, suntuosos edificios y manifestando grandes aptitudes para la pesca y para toda clase de industria. Los aztecas conocían profundamente la agricultura, el modo de labrar las tierras, de sembrar los granos, de extirpar los campos de yerbas nocivas, de recolectar las semillas y tenían grande habilidad y predilección por el cultivo de las flores. Conocían asimismo el comercio, y los traficantes mexicanos viajaban constantemente de ciudad en ciudad comprando efectos en una y vendiéndolos en otra; fundían los metales preciosos, fabricaban joyas curiosísimas y de gran valor; construían notables acueductos como los de Chapultepec y Cempoloapan, tajos colosales como el de Nochistongo, tan importante y perfecto como el de Culebra en Panamá, que acaba de abrirse, y su arquitectura era tan grandiosa que, escribía Cortés a Carlos V, "tenía — refiriéndose a Moctezuma — dentro de la Capital, casas tan grandes y maravillosas, que no puedo dar a entender de otro modo su excelencia y grandeza, si no es en diciendo que no las hay iguales en España". Antes de penetrar en Anáhuac, los aztecas eran ya inteligentísimos en agricultura y después construían casas de cal y piedra de dos pisos, con sus salas, cámaras y patios perfectamente distribuidos y el techo llano, de maderas finas exquisitamente labradas. Construían arcos, bóvedas, cornisas y muros bien rectos, perpendiculares, blancos y bruñidos, así como fortificaciones y baluartes